

A woman with long brown hair, wearing a dark blue sleeveless dress and high-heeled sandals, stands against a plain light-colored wall. She is holding up three pieces of white paper with torn edges, which together form the title of the book. The text on the papers is in a typewriter-style font.

Te pido

por

Navidad

Un relato con muchas
curvas, tatuajes y
deseos

MACA FERREIRA

Te Pido
por
Navidad

MACA FERREIRA



Copyright © Maca Ferreira

Obra Registrada sin ánimo de lucro.
Safe Creative: 1811038937782
Primera edición: Noviembre 2018
Diseño interior y portada: Macarena Ferreira

Los personajes y acontecimientos reflejados en este relato son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Las marcas y lugares mencionados pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre su propiedad.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización por escrito del propietario y titular del Copyright.

Este relato es de difusión gratuita cedido por la autora para sus lectores.

Otros han visto lo que es, y preguntan por qué. Yo he visto lo que podría ser, y me he preguntado por qué no.
Pablo Picasso

TAMARA

«Nunca me había detenido a pensar en cómo iba a morir, pero morir en lugar de alguien a quien se ama, me parece una buena forma de acabar... Así que no puedo lamentar la decisión de irme de casa. Echaría de menos Phoenix. Echaría de menos el calor. Echaría de menos a mi cariñosa, caprichosa y atolondrada madre, y a su nuevo marido... »

Aún hoy me pregunto qué fue lo que me impulsó esa mañana de Navidad a rebuscar entre los DVD que tenía en el mueble del salón hasta dar con la carátula que buscaba. En ella, unos jovencísimos Bella y Edward ocupaban la imagen casi en su totalidad. Ella, con su habitual cara inexpresiva emocionalmente. Él, con esa piel perfecta, una mandíbula marcada demasiado sexy y ese «algo» que sólo él tiene. Ya... se me ve demasiado el plumero, lo sé, pero no me digáis que me equivoco al describir a su compañera de reparto como una chica fría, sosa y con mirada indolente. Y ya no solo en su papel en esas películas en concreto, es que... ¿hola? ¿Estás bien de la cabeza poniéndole los cuernos a Robert Pattinson?

En fin, creo que me estoy desviando del tema.

La cuestión es que aún no estoy segura de qué es lo que hacía viendo esa película en esa mañana de Navidad, aunque en ese momento sí tenía ligeras sospechas. Y no, no tengáis pena de mí al encontrarme sola en casa un día tan señalado. No estaba con mi familia porque, de corazón, no quería volver a sufrir un episodio como el de la noche anterior, Nochebuena, en la que lo más normal que ocurrió fue que mi prima pequeña terminó haciéndose pis en la chimenea. Esa explicación puede llevar a equívocos, pero os aclaro que el término «pequeña» era simplemente para diferenciar nuestras edades, porque con veintitrés ya se es lo bastante mayorcita como para controlarte y no acabar miccionando sobre las brasas candentes, emitiendo un sonido efervescente al hacerlo.

¿Entendéis ahora por qué prefería estar tirada en mi sofá, con mi sudadera de los fines de semana y una manta cubriéndome desde los dedos de los pies hasta la barbilla?

El caso es que la noche anterior, tras decidir que ya había tenido suficiente familia Cortes hasta nueva orden, cogí mi escarabajo celeste, metí todo mi hermoso cuerpo en él (porque si cabían veinte payasos en la tele, mis setenta y nueve kilos extendidos por mí metro setenta tenían la entrada asegurada), y me dirigí a mi piso compartido.

Compartido...

Ese era otro tema que debíamos tratar, porque si me hubiesen dicho hace cuatro meses, momento en el que enseñé por octava vez la habitación que alquilaba y las zonas comunes a mi actual compañero de piso, que éste iba a estar ausente la mayor parte del tiempo, haciendo la convivencia inexistentemente agradable, no habría dudado tanto al aceptarlo por el hecho de ser un chico.

¿Qué queréis? No me tachéis de anticuada o rara... Nunca había vivido con ningún hombre a excepción de mi padre y la idea me daba cierto reparo, porque una es muy segura de sí misma y se siente orgullosa de la mujer que ha forjado a base de esfuerzos y helados de Mercadona (que no pueden estar más buenos, los jodidos), pero tener a un hombre ajeno a la familia, con sus costumbres, gustos e ideas, andando por la casa a cualquier hora, me tenía intranquila, más que nada porque yo era mucho de olvidar que no estaba sola y pasar desnuda desde el baño a mi dormitorio, o de bailar en cualquier momento y lugar siempre que la música acompañase...

Pero Jared no andaba por la casa.

Bueno, prácticamente podía asegurar que no andaba, en general. Él más bien debía levitar, porque me pegaba unos sustos cada vez que hacía acto de presencia de esa forma tan sigilosa, que aún no me explicaba cómo no me había dado ya un ataque al corazón, como poco. Debía de ser que lo tenía bien amortiguado entre tanta carnicita y mis pechos de copa C.

El caso es que mi piso era muy mono y no quería meter a cualquiera, por eso la decisión se dilató en el tiempo más de lo debido. Me prometí que sería selectiva cuando lo heredé de mi abuela e invertí en él todos los ahorros de los últimos meses para reformarlo y ponerlo a mi

gusto. Gran parte de ellos fueron por la suerte que tuve de maquillar para una boda a una mujer que resultó ser la directora de fotografía de una productora de cine. Quedó tan contenta con mi trabajo que me propuso formar parte de su equipo, como maquilladora, comenzando con la película que iban a empezar a rodar un par de semanas más tarde. Efectivamente acepté y durante el tiempo que estuve con ellos aprendí mucho y gané también mucho, aunque después decidí seguir por mi cuenta, pues el ritmo frenético y continuado durante los rodajes me dejaban al borde del colapso. Había perdido la friolera de seis kilos sin renunciar a comer como siempre, hecho en sí insólito y preocupante, y eso sin contar con las ojeras y la eterna acidez de estómago que sufría, síntomas más que evidentes de que algo no andaba bien.

Por ese sobreesfuerzo que me había supuesto tener todo a mi gusto en el piso, y el cariño que le tenía a mi hogar, que había sido el de mi abuela materna durante más de treinta años, había ido rechazando todas las candidaturas para ocupar el segundo dormitorio, con peores vistas que el mío pero muy organizado, limpio y funcional.

Rechacé todas menos la de él.

Jared Fire.

¿El motivo? Pues aún no estaba del todo segura, como con lo de elegir la peli de Crepúsculo para pasar el rato, pero puede que su cuerpo lleno de tatuajes dándole aspecto de chico malo, contrastado con esa sonrisa tierna, sus ojos celestes casi transparentes en los que casi se podía vislumbrar el océano y el mundano defecto de tener las paletas ligeramente separadas, tuvieran algo que ver.

Aún a riesgo de que me tachéis de superficial, si Jared no hubiese estado tan bueno, seguramente todavía me encontraría enseñando la habitación a posibles inquilinos fugaces, como en un bucle sin fin.

Antes de que me juzguéis, me gustaría partir una lanza en mi favor explicando cómo era él, mi inquilino perfecto, y por qué lo terminé aceptando, obviando lo del físico, que en un primer momento impactaba pero que no fue la razón de mayor peso para ello.

Jared estudió Bellas Artes en su ciudad natal, Bruselas. De madre israelí y padre belga, nació un chico que resultó un artista en toda la longitud y altitud de la palabra. Sus manos grandes, cuidadas, de dedos largos y aparentemente suaves, hacían magia sobre el papel. Os lo podía jurar, lo había visto. Dibujaba ilustraciones y retratos que podrían pasar perfectamente por fotografías reales; su trabajo era sublime y su talento innegable.

Jared Fire tenía nombre de protagonista de novela erótica... y también el físico, porque era guapo. Mucho. Guapo en toda la gama de matices que puedas imaginar y que emana cada letra de esa palabra. Tenía un cuerpo delineado a la perfección: espalda ancha y musculada, trasero redondo y de aspecto prieto, abdominales marcados... Y no, no era ningún requisito del contrato de alquiler hacerle un examen físico antes de mudarse, aunque un poco sí que se lo hice con la mirada, para qué nos vamos a andar con tonterías, pero es que otra de sus cualidades era que se paseaba por la casa —o más bien levitaba— con escasa ropa, lo que hacía que no pudiera evitar fijarme en sus atributos.

¿Sabéis lo jodidamente difícil que es intentar que tus ojos no se muevan de un punto cuando, con la vista periférica, vislumbras un trozo de piel tintada al descubierto? Pues si no lo sabéis, yo os lo digo. Es lo puto peor.

Pero retomando lo que os contaba al inicio de este monólogo sin demasiado sentido, creo que sé por qué elegí Crepúsculo esa mañana como compañía.

La noche anterior había sentido algo.

Y no me refiero a gases, no. Sentí que alguien me observaba... y —casi— literalmente me hice caca del susto. Todo fue muy extraño.

Como os he dicho antes, estuve con la familia y llegué a casa cuando el reloj se acercaba inexorablemente a las tres de la madrugada. Entré con sigilo, pues no sabía si Jared se encontraba allí o, por el contrario, había pasado la noche fuera porque tampoco es que me supiera su agenda al dedillo. Me desmaquillé, solté mi melena del recogido que me había hecho horas antes y suspiré de placer, moviendo un par de veces el cuello para alborotar el pelo suelto. Antes de dormir cogí mi teléfono, revisé un par de notificaciones que me habían llegado y finalicé la compra de un artículo que había dejado en el carrito virtual de la aplicación más

utilizada de mi móvil: AliExpress. Había estado dudosa de si comprarlo o no, pero por lo que costaba... ¿quién se privaba de tener un rollo de papel higiénico con la cara del actual presidente de Estados Unidos? Yo no.

Vale, no me miréis así, cada uno tiene el vicio que quiere y el mío no me afectaba a la salud, así que no podía ser tan malo comprar compulsivamente por Internet.

Tras eso, apagué el teléfono y no pasó demasiado tiempo antes de dormirme. Mi siguiente recuerdo fue despertarme sobresaltada, con la firme sensación de que había alguien en mi habitación que me observaba atentamente.

Mi corazón latía desbocado, con miedo, y me debatí entre encender la luz o esconderme debajo del edredón y chillar como una condenada a la hoguera, pero el sentido común ganó la batalla —gracias a Dios—, y busqué a tientas el interruptor de la lámpara de mi mesilla de noche.

Pero no había nadie.

No sé qué esperaba encontrarme ni por qué no me aliviaba del todo el hecho de estar sola en la habitación. Al fin y al cabo, no iba a ser víctima de un payaso asesino ni nada por el estilo. Os juro que en esos microsegundos pasaron cosas así de estrambóticas y surrealistas por mi mente.

¿Lo habría soñado? Podía ser, pero parecía demasiado real para ser un sueño, aunque ¿cómo iba a ser posible otra cosa? Sólo habían pasado unos segundos en penumbra mientras me cuestionaba qué hacer. Era muy difícil que alguien se hubiese marchado sin darme cuenta en ese lapso de tiempo.

Entonces me quedaron claras dos cosas:

Una, que no debía comer tanto chocolate de noche porque me dejaba intranquila, y la segunda, que en ese momento entendí algo mejor a la mustia de Bella cuando siente la presencia de Edward en su habitación por la noche. Ups, perdón... he soltado un spoiler, aunque dudo que alguien no haya visto o leído esa historia. En caso contrario, lo siento.

Así que creo que es por eso por lo que mi subconsciente eligió esa película y no otra para pasar la mañana de Navidad.

Me arrebujé en la manta, recolocándome en el sofá, pero al momento escuché una voz a mi lado que me hizo saltar del asiento y soltar un grito aterrorizada.

—Hola. ¿Estás bien? —Su cara sonriente me observó desde arriba, con su acento ridículamente atractivo, pues mi cuerpo había aterrizado en el suelo al mover toda mi masa muscular de manera repentina por el susto.

—Joder, Jared, ¿es que quieres matarme?

—Lo siento —se excusó, sin dejar de sonreír—. ¿Te has hecho daño?

Me terminé de levantar del suelo, dejando dignamente la manta sobre el sofá. Recompuse mi ropa algo descolocada y le sonreí de vuelta, sin poder evitarlo.

Él estaba en pijama, y resultaba eróticamente adorable.

—No te preocupes, he caído en blandito. —Me di un par de golpecitos en la cadera—. ¿Te he despertado?

—No te preocupes —repitió él, sentándose en el sofá que momentos antes había ocupado yo—. ¿Qué ves?

Por un momento pensé en mentirle y decirle que andaba zapeando, pero ¿qué demonios? No iba a avergonzarme por ver una película en mi propia casa.

—Crepúsculo.

—¿Esto es Crepúsculo?

—Sí, esto —hice hincapié en la segunda palabra, divertida por su cara—. ¿Nunca la has visto?

—No —negó con la cabeza—. Nunca.

—¿Quieres que la ponga desde el principio? —le pregunté ilusionada por poder pasar con él los ciento veintiún minutos que duraba la película.

—¿Ese es mi regalo de Navidad?

—¡Bingo!

—¿Tan mal me he portado?

Mi cara provocó su risa, y esta se deslizó silabeante desde mi cuello, en sentido descendente, hasta el vértice de mis muslos, retumbando y provocando una vibración extremadamente deliciosa.

Mi inquilino conseguía cosas que me daban un poco de miedito, porque sabía que no debía haber nada entre nosotros. ¿Me compensaba un rato de satisfacción sexual sobre el buen rollo que teníamos en casa? No, definitivamente no. Y era una verdadera pena, porque hubiese puesto toda la carne en el asador y hecho que disfrutase conmigo como con ninguna otra chica con la que se hubiese acostado.

Conocía mis habilidades, no era una santa, y en mis veintiséis años de vida había tenido varias parejas sexuales, aunque nunca me había enamorado; tampoco tenía prisa por ello, no obstante.

Unos minutos después se excusaba y huía sigiloso hacia su dormitorio, dejándome de nuevo sola y sin ganas de continuar viendo la película que avanzaba sin que nadie le prestase atención. Los minutos dieron paso a las horas y cuando me quise dar cuenta eran las cinco de la tarde y no había almorzado siquiera.

Durante ese tiempo había estado buscando una excusa para atraerlo de nuevo hacia el salón, pues ya se me habían acabado las maldiciones hacia el arquitecto del piso, que había tenido la genial idea de instalar un baño dentro del dormitorio que ocupaba Jared y me impedía con ello cruzármelo en el estrecho pasillo.

Me dirigí hacia mi cuarto y abrí el armario, dándole alas a la idea algo rocambolesca que se me había ocurrido un rato antes. En ese momento agradecí haber comprado en su día el «kit para el espía» que llevaba algo más de un año en su embalaje original pero al que por fin le había llegado su hora.

Sabía que lo que estaba haciendo no estaba bien e incluso rozaba la ilegalidad, pero situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas, ya lo decían en una peli de Disney de cuyo nombre no podía acordarme, y yo estaba desesperadamente interesada en saber qué demonios llevaba haciendo todo el día encerrado en esa habitación mi inquilino. Me convencí a mí misma de que lo hacía por comprobar que todo andaba bien, cuando realmente su seguridad era lo que menos me importaba en ese instante.

Al principio no se escuchaba nada e incluso llegué a pensar que ese cacharro que apoyaba en la pared y del que salían dos auriculares como los del Ipod, no funcionaba. No hubiese sido la primera vez que algo de lo que compraba resultaba ser del todo inútil, pero justo cuando iba a retirarlo atisbé un carraspeo y, acto seguido, su voz respondiendo al teléfono que acababa de sonarle.

—Hola... No, nada. Estaba dibujando pero ya iba a parar, de hecho no me he dado cuenta hasta ahora de lo tarde que se ha hecho... Sí, no te preocupes, me visto en dos minutos y salgo para allá... No, de eso nada, iremos a ver esa casa, ya lo hemos hablado. Es el único día que pueden enseñarla, si no tendremos que esperar a después de las fiestas y ya se nos echaría el tiempo encima. —Mis sentidos se agudizaron y fruncí los labios, apretándome los audífonos con las manos para no perderme una sola palabra—. Ya sabes que estoy contento en este piso, y con Tamara... —Se interrumpió, riendo—. No seas capullo... Sabes que no puedo, aquí no hay sitio para los dos, no soporto que se invada mi espacio personal, ya lo sabes... Bueno, tú vístete y límitate a acompañarme, que yo me ocupo de alquilar esa casa y negociarlo todo... Vale, hasta ahora.

¿Perdona? ¿Cómo que... qué? ¿Es que acaso yo invadía su espacio? Vale, quitando lo que estaba haciendo en ese momento, pero eso él no lo sabía, por lo que no contaba. Había hecho de todo menos extralimitarme con él, por lo que la invasión no había sido posible. ¿A qué demonios se refería?

Cuando escuché la puerta de la casa cerrarse, minutos después, aún no había procesado sus palabras. ¿Iba a buscarse otra casa y dejarme tirada? ¿De verdad creía que no había sitio para los dos e iba a hacer algo así? No podía llegar a creerlo y la incredulidad inicial dio paso a la molestia por no haber sido franco conmigo y haberlo hablado directamente. ¿Cuándo pensaba decírmelo? ¿Cuándo su habitación ya estuviese desmantelada y él con las maletas en la puerta?

Había sido una idiota por creer en nuestra idílica relación contractual en la que todo parecía perfecto, incluido él, pero estaba claro que había idealizado a Jared como arrendatario y me había tomado demasiado al pie de la letra mis normas como propietaria, dejando pasar la oportunidad de intentar tener, aunque fuese, mi minuto de gloria en su cama. Ahí sí que hubiese invadido su espacio personal, con premeditación y alevosía además.

Bueno, quien dice minuto dice horas, pero con el cabreo que llevaba encima esos detalles eran lo de menos.

JARED

Llevaba toda la tarde aguantando a Guille y me tenía hasta los huevos. Sólo quería llegar a mi piso y olvidar las mil y una pegas que le había sacado a la casa que habíamos ido a mirar. A ver, que comprendía que era una putada que sus padres le diesen dos semanas para buscarse otro lugar donde vivir, si no quería tener que cambiar de ciudad para ir con ellos a su nueva casa en la playa, de verdad que lo entendía aunque estuviese a punto de cumplir treinta, pero, joder... ya era la tercera que veíamos y ninguna le parecía bien.

Bueno, ninguna salvo la mía, que aún recordaba lo pesado que se puso con la idea de compartir habitación y venirse a vivir conmigo.

No. No había discusión posible.

Tamara tenía bastante ya con aguantar mis manías y horarios desacompanados, gracias a que siempre se me ha ido el santo al cielo cuando me pongo a dibujar, como para encima tener a otro chiflado dándole el coñazo.

Ni hablar. Además, en mi cuarto no cabíamos y ese piso sólo tenía dos habitaciones. Conmigo no iba a dormir... Y con Tamara menos, aunque él se empeñase en decir que todo era intentarlo y reírse como un capullo por la cara que le ponía en respuesta.

En mis veintisiete años de vida no había conocido a nadie como ella. Jamás. Ni remotamente parecida.

Tamara era vitalidad en estado puro. Inteligente, divertida, con una gracia innata que a veces creía que ni ella misma conocía, y era preciosa, pero preciosa de verdad, no como un cumplido más dicho para rellenar.

Tenía una mirada risueña y soñadora increíble, unas adorables pecas diminutas en el puente de la nariz y un cuerpo delicioso que paseaba con orgullo por la casa, sin preocuparse por lo que los demás pudiesen pensar sobre ella, pues la seguridad que tenía en sí misma era un gran punto a su favor. Nunca había aguantado a las tías que se quejaban constantemente de sus cuerpos y no le intentaban poner remedio siquiera. Pero ella no era así, porque Tamara tenía una figura voluptuosa y llena de curvas, y le gustaba. Nos gustaba, porque a mí me encantaba imaginar que me las aprendía de memoria, recorriéndolas con mi lengua y mis labios, mientras los suyos, carnosos y enrojecidos, susurraban mi nombre. ¿Y ese lunar sobre su labio o el hoyuelo al sonreír? Jodidamente perfectos.

Pero ella no parecía recaer en mí, y no la culpaba. Reconocía que nunca había sido el prototipo ideal de muchas mujeres, con mis tatuajes, mis piercings, mis anillos y esa pinta de desaliñado que siempre he llevado. No la culpaba, pero a veces me hubiese gustado ser de su agrado y descubrir a qué sabía su boca.

Suspiré al cerrar la puerta del piso, sabiendo que ahí me encontraba a salvo de la intensidad de mi amigo. A Guille había que tomarlo en pequeñas dosis porque de lo contrario corrías el riesgo de acabar indispuesto.

Absorto en mis pensamientos, anduve hacia mi habitación y contuve la sonrisa que afloró en mis labios al verla maquillándose en el baño, con la puerta abierta de par en par, su pelo oscuro recogido en un moño desenfadado, quedando suelto el flequillo, y la música retumbando

en las paredes del pequeño habitáculo, generando eco. Su gesto concentrado y las muecas que ponía eran encantadoras.

Tamara no me había visto y, gracias a ello, yo jugaba con la ventaja de poder observarla a discreción, recreándome en cada detalle. Dejé descansar la espalda en la pared, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y poniéndome cómodo para disfrutar del espectáculo que suponían sus vistas.

Sus penetrantes ojos azules estaban atentos a lo que sus manos realizaban con rapidez, aplicando productos en su piel. En cada pausa movía las caderas, haciendo que su redondo trasero se contonease sugerente. Los latidos de mi entrepierna hablaban por sí solos sobre los efectos que su culo tenía en mí.

Me ponía duro con sólo mirarla.

Su sugerente boca, en ese momento pintada de rojo intenso, se abrió para cantar una estrofa, haciéndome adivinar el destello de la pequeña bolita dorada que adornaba su lengua. Ya había perdido la cuenta de las veces que, en esos meses, había fantaseado con unirla a los pendientes que decoraban diferentes partes de mi anatomía, algunos en lugares realmente placenteros.

Un gallo escapó de su garganta y sus ojos siempre tan expresivos repararon en mí, abiertos y asustados, alertándome de que me había reído sonoramente al escucharla y no me había dado ni cuenta, tan ensimismado que me tenía su cuerpo.

Me encantaba toda ella, pero desafortunadamente no tenía el don del cante, qué le íbamos a hacer.

—¿Qué haces ahí?

—Te observaba —alegué sinceramente.

Ella se quedó parada unos segundos mirándome. Lo que pasó por su mente no lo podía saber, pero sí noté que se obró un cambio en su actitud, volviéndose más distante y fría.

—En mis obligaciones como casera no entraba el entretenimiento visual, ¿sabes?

Arqueé una ceja, procesando su estado de ánimo, pues siempre había sido amable y cordial, por lo que me había quedado algo descolocado.

Mi erección no había menguado, así que mi cerebro aún andaba lento de reflejos y, sin pensarlo demasiado, dejé salir lo primero que pasó por mi cabeza.

—Podríamos renegociar las obligaciones, porque me gusta mirarte.

Claramente era mi polla hablando por mí. Joder... Me lo estaba cargando todo, menos mal que ella pareció tomárselo a broma y soltó un carcajada algo gélida.

—Tiene gracia que hables del contrato ahora.

—Realmente lo has hecho tú, yo sólo te contestaba.

—No me líes, Jared —rechistó.

Se acercó hasta mí y me señaló con un dedo, rozando mi pecho con ello.

—¿Tienes algo que decirme?

No pensaba mencionarle que mientras ella me hablaba airada, yo imaginaba las formas en las que quería follármela. Dios, necesitaba que ese cuerpo se subiese encima de mí y me montase, clavándose una y otra vez.

Gemí.

—¿Jared? —Me estudió curiosa.

—Uhm, no. Qué yo sepa no. ¿Y tú?

—¿Te pasa algo?

—¿Por?

—Estás raro. Más de lo normal, me refiero.

Cojonudo.

Veinte años después de mi etapa de ser el rarito de la clase, seguía pareciéndolo, y precisamente a ella.

—No me pasa nada.

—A ti te ocurre algo —insistió, esta vez afirmando—. Pero si no quieres decírmelo no haré un drama por ello, ¿eh? Total, ¿qué soy yo más allá de tu casera temporal?

El tono irónico y victimista no le pegaba nada. Ella estaba cabreada y yo estaba empezando a perder la paciencia a cuenta de que seguía sin poder pensar con claridad absoluta, pues mi polla parecía ajena a lo que estaba ocurriendo y continuaba anclada en montarse una puta película porno con ella de protagonista única y principal.

Tenía que irme a mi habitación.

Ya.

—Discúlpame.

Me di la vuelta dispuesto a poner tierra de por medio encerrándome una vez más en mis dominios, único lugar de la casa en el que sabía que no iba a entrar, pero antes de poder cerrar la puerta, tiró de ella, abriéndola.

—Perdona que me extralimite en mi función y me meta donde nadie me ha invitado.

Pasó dentro y caminó unos pasos, volviéndose hacia mí, que continuaba en la puerta parado, sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué...?

—Sé lo que piensas, Jared, y que no lo digas en voz alta no ayuda en nada, tu deseo sigue ahí al igual que tus intenciones.

—¿Mis... intenciones?

—¡Oh, venga! No me tomes por tonta, ¿quieres? Creo que me he portado muy bien contigo como para que me hagas algo así.

—No entraba en mis planes llegar a hacerlo... Si por eso precisamente me marcho.

—Permíteme que lo dude. Es lo que quieres y yo no soy nadie para impedirte.

—Bueno —dudé—, alguien sí que eres... De hecho eres la otra parte implicada. Tu opinión es igual o más importante que la mía.

—¡Exacto!

La miré, sopesando la situación e intentando ignorar la voz que, desde mi entrepierna, me chillaba con tono rotundo que me lanzase de una jodida vez.

—Llevo mucho tiempo pensándolo. Casi desde que me vine a vivir aquí.

Ella asintió, seria.

—Lo entiendo.

—Ya... Entonces, ¿estás de acuerdo?

Asintió, arrugando los morros.

—No me queda más remedio.

Sonreí divertido porque nunca había tenido una conversación tan surrealista para enrollarme con una tía, pero no sabía de qué me asombraba, ella era diferente a todas las demás.

Me acerqué hasta ella y, sin titubear, estampé mi boca contra la suya, sin llegar a medir la fuerza. El choque provocó que ella dejase escapar un quejido que se tornó en gemido placentero cuando mordí su labio inferior.

Sonreí al verla cerrar los ojos. Llevé mis manos hasta su cuello y acaricié con mis pulgares los laterales de éste, a la vez que seguía invadiendo su boca. El sabor de Tamara era adictivo, como toda ella.

—Eres jodidamente exquisita.

Su respiración acelerada movía su pecho y mis ojos recorrieron su perfecto escote, donde me habría instalado a vivir sin dudarle si ella me lo hubiese permitido.

—Jared... —susurró.

—Dime, muñeca.

—¿Nos estamos enrollando?

Solté una carcajada y asentí, mirándola divertido.

—Eso parece.

—Sólo quería confirmarlo —respondió sonriendo—. ¿Les pasa algo a mis pechos?

—Absolutamente nada malo.

—No dejas de mirarlos...

—Porque me gusta estudiar mi comida antes de llevármela a la boca —le expliqué aparentemente calmado pero sintiendo un huracán en mi interior—. Ven aquí.

—Aún no.

Subí mi mirada hasta su cara al escucharla, y ella me guiñó un ojo. Con mi lengua humedecí mis labios repentinamente reseco al observar cómo, sin dejar de mirarme fijamente, se despojaba de su camiseta y desabrochaba el sujetador, dejándolo caer por sus hombros hasta deslizarse hacia el suelo.

Mi polla sufrió un espasmo y tiró de mi cuerpo hasta el de ella, acortando la distancia que nos separaba.

Sus tetas eran increíbles y necesitaba enterrar mi cara entre ellas, por lo que así lo hice, aspirando el olor de su piel y sintiendo sus dedos aferrarse a mi pelo. El primer mordisco en su pezón me regaló un gemido por su parte y un pequeño dolor en el cuero cabelludo por su tirón.

No dejé ni un milímetro de piel por recorrer y, cuando su mitad superior me supo a poco, la llevé hasta la cama, tumbándola sobre mi colchón y deslizando los pantalones que llevaba por sus torneadas piernas.

Ella se dejó hacer, entregándome su cuerpo para que hiciera con él lo que quisiera, y exactamente así lo hice, devorando sus pliegues y jugando con mis dedos en su interior hasta sentir su orgasmo con, al menos, tres de mis sentidos.

—Creo que es mi turno —pronunció con la voz aún agitada, incorporándose cuando yo aún me entretenía en relamer sus fluidos de mis dedos.

—¿También quieres besar mis tetillas? —me reí cuando ella me empujó, dejándome caer sobre el lugar que había ocupado segundos antes.

—Se me da mejor hacerlo en otra parte más interesante, pero no diré que no a tu pezón izquierdo. Espero que no se enreden nuestros piercings como ocurría en mis fantasías.

Me mordí el labio inferior borrando la sonrisa que su comentario me había producido justo cuando comenzó a jugar con el abalorio que cruzaba mi pezón, tirando de él con cuidado pero insistentemente durante unos minutos.

—Me gustan tus tatuajes. —Besó mi otro pezón, adornado a su vez con la tinta que conformaba el dibujo que me recorría todo el pectoral y parte del hombro.

—A mí también el tuyo.

—Lo has visto...

—Por supuesto, muñeca. Era difícil no hacerlo teniendo tus piernas abiertas delante de mi cara.

Sus dientes se cerraron alrededor de la piel de mi abdomen, mordiendo hasta conseguir que el dolor me hiciese gemir.

—¿Hasta dónde llega este?

Su lengua delineó el contorno del águila que extendía las alas bajo mi ombligo.

—¿No prefieres averiguarlo?

—¿Cuántos tienes? —curioseó, volviendo a subir hasta mi costado.

Deslizó la yema de su dedo índice por la cabeza del lobo bajo mis costillas.

—He perdido la cuenta.

—No te creo.

Pasó una pierna por encima de mi cintura, quedando a horcajadas encima de mí pero sin hacer contacto. Estaba siendo deliberadamente cruel y su mirada así me lo confirmó.

—Doce.

—Guau. Ahora mi pequeño símbolo del infinito en la ingle me parece ridículo.

—En absoluto —le rebatí, deseando dejar de hablar para continuar con lo que tenía pensado hacerle a su cuerpo, pero a la vez interesado en lo que estaba descubriendo de ella con la conversación—. Todos los dibujos que me he plasmado en la piel tienen un sentido y un significado, así que imagino que el tuyo también, por lo que no es ridículo. —La besé, atrayéndola por la nuca hasta mí—. Me gusta que ponga «vive» en él. ¿Me contarás algún día esa historia?

—Puede. ¿Y tú las de los tuyos?

—Sí.

—¿Ahora?

Asentí. Era imposible negarse si me miraba con esos ojos.

Me sonrió e, incorporándose, repasó mi frontal, atenta y concentrada. Con sus dedos fue acariciando cada uno de los que tenía a su alcance, dándome pie a la explicación.

—El águila es el ave más poderosa del cielo y proporciona fuerza. Me lo hice cuando perdí a mi padre hace varios años. Fue el primero de todos.

Ella besó la cabeza del ave, oculta en su mayor parte por mí pantalón.

—Lo siento.

—Gracias.

—¿Y el lobo?

—Simboliza el amor familiar. La lealtad.

—¿Estás muy unido a tu familia?

—Sí, así es. —Tomé aire—. Me lo hice cuando me marché de casa a los diecinueve años.

—¿Y todo esto? —señaló el gran dibujo que ocupaba mi pectoral derecho y parte del hombro—. No es un animal.

—No sólo tengo animales tatuados. —Le sonreí y acaricié sus muslos desnudos con mis manos—. Son símbolos y tribales Maoríes en torno a una espiral Koru. Es parecida a la celta y lo que representa es el avance y el crecimiento personal... El empezar una vida nueva.

—¿Cuando te viniste a vivir a España?

—Ajá, con... —Hice el cálculo mental—. Veintidós años.

Durante la siguiente hora me entretuve en disfrutar de sus gestos y sus reacciones a las explicaciones que le daba, completando el número de tatuajes que tenía por todo el cuerpo. La imagen de mi abuela en mi omoplato era uno de los que más cariño le tenía, pues la había dibujado yo mismo. La espiral de Fibonacci sobre una rosa en mi codo izquierdo, de la que me llevó un buen rato hablarle, pues quise detallarle el motivo de haberla elegido como símbolo de que las cosas no parecen suceder por azar como a veces crecemos. También le hablé de la estrella de David, que formaba parte de la bandera Israelí; me la había hecho en la nuca, sobre las franjas negra, amarilla y roja de la bandera Belga, interpretando mis orígenes. Sobre la piel de mi muslo izquierdo, una de las obras más especiales del postimpresionismo: la noche estrellada de Van Gogh. Un reloj antiguo que cogía todo mi gemelo derecho, representando que el tiempo todo lo cura. Las dos líneas zigzagueantes en el lateral de la palma de mi mano, representando mi signo del zodiaco: acuario. La frase de Salvador Dalí escrita en Hebreo, mi segunda lengua, que rodeaba mi rodilla y rezaba: «Una pintura es una fotografía hecha a mano».

—Este es el único que me queda, ¿no?

—No se te daban bien las matemáticas en el colegio, ¿verdad?

Me reí y ella palmeó mi muslo, sentándose en la cama cuando me incorporé para ponerme de pie.

—Después de enseñarte los dos que quedan, voy a volver a hacerte gemir, enterrándome en ti sin distracciones.

Ella asintió solemne, escondiendo una sonrisa al observarme desde la cama.

Le di la espalda y me bajé el pantalón junto con la ropa interior. Imaginé que sus ojos recorrían mi trasero y sonreí al escucharla.

—¿El genio de Aladdin?

—Exactamente.

—En el culo.

—Ajá.

—¿Por qué precisamente el genio?

—Siempre ha sido mi personaje favorito de Disney. Es divertido, servicial y encima concede deseos...

—Yo también puedo concedértelos.

Me giré, dándome cuenta de que había llegado hasta mí. Esa vez fue ella la que me besó con un hambre voraz y yo la correspondí, sintiendo cómo mi erección iba haciendo acto de presencia entre nuestros cuerpos desnudos.

Tamara rompió el beso al cabo de unos segundos y se arrodilló, llevándose las manos al pelo para retirarlo hacia un lado. La observé jodidamente maravillado y expectante, deseando estar dentro de su preciosa boca.

—No me lo puedo creer —exclamó asombrada—. ¿Aquí también?

Sin duda había encontrado el último dibujo que adornaba mi piel.

—Fue el más difícil de conseguir.

—¿Por qué?

—Porque es muy complicado dar con algún profesional lo suficientemente loco como para aceptar tatuarte en la polla.

Ella alzó la ceja y habló mordaz.

—Imagino que el significado queda más que claro. —Posó sus labios sobre los que adornaban mi tallo, uniéndolos en una sola imagen—. Me gusta.

—Me alegro. Y ahora, ¿tienes alguna otra pregunta más?

Le acaricié la mejilla desde arriba y ella ronroneó cariñosa.

—Tengo muchas preguntas —contestó poniendo énfasis en el adverbio de cantidad—. Como: ¿qué te dolió más, el tatuaje, —Volvió a besarlo—, o el piercing? ¿Te da más placer teniéndolo?

Con su lengua jugueteó tímidamente con el trozo de metal que perforaba mi glande.

No podía aguantar más. Me iba a estallar de la presión e incluso me estaban empezando a doler las pelotas. Sentía no poder satisfacer su curiosidad, pero tenía algo más interesante que tratar en ese mismo instante, como demostrarle el placer que podía provocarle yo a ella, con él, si era lo sensible que parecía ser cuando lamí su interior.

—Después te lo cuento, ahora ven aquí...

Y fue, vaya que sí lo hizo.

Se convirtió en una de las mejores noches de toda mi condenada existencia, digna de dibujar en cada gemido, suspiro y expresión de éxtasis.

Tamara resultó ser mi debilidad, un campo magnético que me atraía con fuerza, como si mi cuerpo estuviese hecho de adamantium, al igual que el de Lobezno, y no pudiese escapar de él... Y antes me desgarraría a mí mismo que separarme de ella. Ya no.

TAMARA

Aunque me había despertado sola en la cama de Jared, aún no llegaba a creermelo lo que había ocurrido entre nosotros. Suponía que ya daba igual, pues iba a mudarse y dejaría de ser mi inquilino, motivo más que suficiente para mandar todas mis reglas a la basura; no obstante he de reconocer que no me lo planteé siquiera hasta que él estrelló sus labios contra los míos.

El enfado que me había producido el escucharlo hablar de la otra casa, sabiendo que marcharse iba a ser un hecho, pues así me lo había confirmado, me había cegado.

¿Tenía derecho a cabrearme? Bueno, con derecho o sin él así era, y aunque Jared me había hecho pasar una noche digna de mencionar en los anales de la historia de la sexualidad humana, reconocía que en ese momento, en frío y volviendo a pensar en ello, mi estado sólo se había agazapado durante unas horas, pero en ese momento volvía a estar como un león a punto de atacar a su presa.

Era por eso que agradecía no habérmelo encontrado al abrir los ojos, pues podría haberme engatusado con sus exquisitas artes y no debía perder mi rumbo más que justificado.

Tenía pensado hablar con él y no iba a dejar pasar más tiempo, pues el día anterior la conversación no parecía haber servido de nada, más que para confirmar que se marchaba y que llevaba pensándolo prácticamente desde que se instaló en mi casa a vivir. ¿Tan mal le había resultado la convivencia conmigo? No lo entendía, la verdad.

—Buenos días, muñeca.

Giré mi cuerpo, desnudo bajo el edredón, hacia la puerta, por donde entraba Jared con una bandeja y lo que parecía un desayuno reconstituyente postcoital.

Joder.

¿Por qué no podía ser un poquito menos perfecto y estar un pelín menos bueno? Paseándose con esa pinta, mezcla de gamberro y niño bueno, lo que conseguía era ponerme cachonda... Y eso era malo, porque se suponía que tenía que estar molesta, no excitada.

—Tostadas con aceite y jamón, un par de donuts y un batido de fresa. ¿He acertado?

Alabado fuese él y todo su cuerpo. ¡Me lo pedía por Navidad!

—Gracias.

Me incorporé a la vez que él se me acercaba, agarrando la sábana bajo mis axilas y decidí, en esos escasos segundos, que no me vendría mal alimentar a la fiera que llevaba en el estómago antes de comenzar con mi cruzada de casera indignada.

—¿Te apetece algo más?

—No, está perfecto así. ¿Tú no comes? —Le di el primer mordisco al donut, notando en mis papilas gustativas cómo se fundía el chocolate, excitándolas con ese simple contacto.

Jared era como el chocolate.

—No tengo mucha hambre. Me he tomado un café mientras te preparaba las tostadas. ¿Has dormido bien?

Me tapé la boca, masticando el nuevo trozo y tragando para poder hablar.

—Sí, ¿y tú?

—La mejor noche desde que me vine a vivir aquí. —Me sonrió con la firme intención de perturbarme—. Y eso que el colchón es uno de los mejores que he probado.

—Pues no debe importarte mucho perderlo.

—¿Cómo?

Di el último bocado a la rosquilla y eché la bandeja a un lado de la cama, observándolo a él sentado en el borde de la misma.

—Jared, ¿qué es lo que te ocurre conmigo?

—¿No es obvio?

—No, no lo es. Creo que nunca te he molestado, he sido educada, respetuosa, no me he metido en tus cosas y he intentado mantener siempre la armonía. Sinceramente no entiendo por qué quieres irte, y te aseguro que me gustaría saberlo, porque lo único que se me ocurre es que te molesten las cosas que compro, un poco compulsivamente, para la casa y que a veces no funcionan del todo bien, pero tampoco deberías tenerlo en cuenta, porque otras muchas tienes que reconocer que te facilitan la vida... Bueno, quizá no tanto, pero ya sabes a qué me refiero, ¿verdad? —continué sin permitir que me interrumpiese, pues quería soltarlo todo del tirón evitando que me engatusara—. Mira, si quieres marcharte estás en tu derecho, aunque a mí me haces una faena yéndote tan de repente sin haber podido buscar a otra persona para ocupar la habitación, pero si no te importa decirme claramente los motivos, me ayudarás a que los pueda valorar de cara al siguiente inquilino.

Jared me observaba en silencio.

—¿Y bien? ¿No me vas a decir nada?

—Tamara, ¿me voy a ir?

—Pues claro, tiene gracia que me lo consultes a mí.

—Te lo pregunto porque es la primera noticia que tengo.

—¿Cómo?

—No sé a qué viene esto, pero nunca me has molestado, has respetado mi espacio y me siento muy a gusto en esta casa. No me quiero ir. No me voy a ir a menos que me echés —recalcó la negación—. Y por supuesto que tus cachivaches no me molestan. Reconozco que alguno me ha llegado a dar un poco de repelús, como el ejercitador de mandíbula ese que te ponías viendo la televisión o la cubitera en forma de dentadura —me reí culpable—, pero otros, como la canasta que me diste para no aburrirme en el baño, o el aire macarrilla que te da este mechón de pelo rosa de mentira, lo compensan.

Contuve la carcajada al imaginarlo sentado en el váter haciendo triples.

—Pero yo te escuché... Dijiste que te ibas a marchar, fuiste a ver la casa ayer incluso.

—No me voy a ir.

—Utilicé el kit de espía que compré hace unos meses y a través de la pared te oí. No puedes negarlo.

Él alzó una ceja, observándome.

—¿Hablas en serio?

—Sí —contesté sintiéndome un pelín culpable.

—Joder, Tamara. ¿Lo has hecho otras veces?

—¿Hablar en serio? Sí, claro. Más de una vez.

Él se pasó la mano por el pelo alborotado y relamió sus labios, negando con la cabeza suspicaz.

—¿Sabes qué? Creo que sí debemos hablar del alquiler. La verdad es que, por lo que ha ocurrido, deberías bajármelo e incluso plantearte algún tipo de compensación hacia mí.

—No flipes.

—Me merezco, al menos, un treinta por cierto menos de mensualidad y una retribución suculenta para hacer que se me olvide que me has estado espiondo.

—No te voy a bajar el alquiler, Jared. No te aproveches. Si quieres que me disculpe lo haré, no debería haberte escuchado a través de la pared, pero no lo utilices como pretexto para sacar beneficio.

—¿Ni aunque deje de utilizar la cama?

—¿Y dónde vas a dormir? ¿En la bañera?

Él me miró intensamente al hablar.

—No, contigo.

Arrugué el ceño y el sonrió.

—No me mires así, después de haber pasado la noche juntos vas a necesitar algún invento de esos que compras para despegarme de ti.

—¿Estás hablando en serio?

—Absolutamente.

—Pero ¿y la casa que viste ayer...?

—Te lo explicaré cuando tú me cuentes el por qué de tu tatuaje. Y por cierto, yo también tengo que confesarte algo...

—Tú dirás.

—Algunas noches he entrado en tu habitación mientras dormías para observarte.

Abrí los ojos, entendiendo por fin la sensación que sentí un par de noches pasadas.

—Te perdono. Estamos en paz... Nada de treinta por ciento de descuento y ya hablaremos del uso y disfrute de mi cama. Un cambio así va a necesitar un reajuste en el contrato.

Él sonrió.

Yo le miré aún sin creermelo de verdad no fuese a irse de casa. ¿Era posible que estuviese ocurriendo y no fuese un sueño más de los que tenía con él como protagonista?

Joder. No, no lo era. Sus labios volvían a trazar dibujos sobre los míos y su mano en mi nuca, transmitiéndome su calor, evidenciaban lo real del momento.

—Jared, ¿te vas a quedar conmigo?

—Eso parece.

Nos sonreímos el uno al otro y me guiñó un ojo zalamero.

—Bien, sólo quería confirmarlo.

—Cállate y bésame.

Puedes saber más de la autora en sus redes sociales:

<https://www.facebook.com/maramabel>

<https://twitter.com/MaraMabel>

<https://www.instagram.com/macafferreirab>

Podrás encontrar otros relatos gratuitos e información en su web:

<http://macafferreira.wixsite.com>

Y si quieres formar parte de su grupo de lectoras, donde conocerás información en exclusiva y podrás participar en numerosos juegos y premios, te espera en Las Trotamundos - Lectoras de Maca Ferreira:

<https://www.facebook.com/groups/lastrotamundos/>